

RESEÑAS

BRANDHERM, Dirk: «Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer und der älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel», en *Prähistorische Bronzefunde, Abt. VI, 12. Band*. Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2003. 540 págs., ills., tablas, mapas. ISBN: 3-515-07665-4

La prestigiosa serie alemana *Prähistorische Bronzefunde* publicó el pasado año un extenso estudio de Dirk Brandherm dedicado al análisis tipológico de la totalidad de artefactos del grupo de puñales y alabardas en el período que abarca desde el Calcolítico hasta el Bronce Medio en la Península Ibérica. Es sin duda un trabajo que presenta numerosas aportaciones del mayor interés para los arqueólogos que trabajan sobre la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica y Europa Occidental.

D. Brandherm (en adelante D.B.), parte de una amplia introducción y un exhaustivo catálogo de piezas, en el que incorpora además nuevo material, para proponer una novedosa tipología de los útiles ya mencionados. Su sistema de análisis se remite principalmente al estudio de la zona del empuñe, teniendo en cuenta sobre todo como factores principales, más que el diseño de la hoja, la forma de la parte proximal de la misma y el número de remaches.

En la extensa parte introductoria (págs. 1-64) se tratan, entre otros, aspectos básicos como el espacio geográfico en el que integrar las fases culturales en las que se crearon y difundieron los materiales objeto del trabajo; una amplia historia de la investigación, análisis de las fuentes arqueológicas, y sobre todo un cuidadoso estudio de la base cronológica, esqueleto de la obra, incluyendo apartados sobre los principios de terminología, tablas comparativas y especialmente las bases para la cronología de los propios puñales. Son de especial interés los apartados dedicados a las técnicas utilizadas en la producción metalúrgica y su relevancia tipológica y, por otra parte, la función de las piezas y uso de éstas en la sociedad. Una de las innovaciones que presenta este estudio es la creación de un enunciado cronológico novedoso, aplicado en el momento de determinar la cronología relativa de los distintos tipos tratados. No se adopta el modelo tradicional para un Calcolítico subdividido a menudo en las culturas de «Vila Nova de São Pedro» y de «Los Millares»; tampoco adopta D.B. la terminología al uso de «Argar A» o «Argar B» para el Bronce del Sudeste. Según el autor estas formulaciones carecen de fundamentos fiables en su argumentación, de forma que opta por otro modelo que busca evitar contradicciones entre etiquetas culturales y cronológicas. En esta obra 'Calcolítico' se refiere exclusivamente al período precampaniforme, ya que los contextos campaniformes se adscriben a la Edad del Bronce (págs. 29-31), cuya división entre el Bronce Inicial y Medio corresponde *grosso modo* con la periodización propuesta por Blance.

Por otra parte, y siguiendo la misma línea de argumentación que en el caso anterior, D.B. sigue una cronología relativa para la Edad del Bronce que queda subdividida en dos etapas: el Bronce Antiguo (*ältere Bronzezeit*) y Reciente (*jüngere Bronzezeit*), ambas subdivididas en dos períodos denominados Bronce Inicial (*Frühbronzezeit*) y Bronce Medio (*Mittelbronzezeit*) para la primera etapa y Bronce Tardío (*Spätbronzezeit*) y Final (*Endbronzezeit*) para la segunda. Así mismo, para el Bronce Inicial y Medio se distinguen una subfase antigua y reciente en cada caso y a veces con una subdivisión más en dos horizontes para el Bronce Inicial Antiguo y Reciente, respectivamente (página 24, Tabla 2, cuadro cronológico modificado a partir de los trabajos de H. Schubert y O. Arteaga de 1978).

Es importante destacar la neutralidad de la terminología empleada, de forma que a partir del estudio y análisis de estos materiales el autor concluye que no existe diferencia entre «puñales» y «cuchillos», basándose en la forma aguda o redonda del extremo distal respectivamente; por eso en vez de la

designación convencional como puñales o espadas se prefiere aquí hablar de un modo neutral solamente de «hojas» (págs. 54-55).

El esquema que sigue este trabajo para enfocar la tesis sostenida es supracultural y básicamente cronológico, basado en el estudio de la secuencia de marcas de desgaste de distintas empuñaduras que muestran muchas hojas, que a veces funcionan como estratigrafías que permiten paralelizar la cronología de formas tipológicamente muy diferentes y tradiciones tecnológicas distintas (págs. 39-45), como es el caso de los puñales de remaches argáricos y de los de lengüeta del centro peninsular o la zona atlántica. Además se establece un análisis que permite la filiación de distintos tipos individuales en niveles de subgrupos culturales arqueológicos y círculos culturales. Así, se observan variaciones entre el material argárico «clásico» del litoral almeriense y murciano, el subgrupo septentrional argárico del bajo Segura y la cultura argárica occidental del interior granadino y jienense, donde predomina el enmangue de escotaduras (pág. 16). Ya en un nivel suprarregional, los enmangues con escotaduras relacionan el área argárica occidental con el grupo del Bronce del Suroeste y el Oeste peninsular (pág. 17). Hay regiones que muestran un gran conservadurismo, ya que materiales de zonas que por su tipología material se clasifican como «calcolíticas» llegan al Bronce Medio con un gran conservadurismo; este es el caso por el que perduran las hojas triangulares en un momento avanzado de la Edad del Bronce, aunque con tipos novedosos como las hojas estrechas con bordes casi paralelos, como propuso Blance (págs. 30-31; lámina 195). Así mismo se observa la longevidad de las hojas de lengüeta durante la mayor parte del Bronce Antiguo, no por desconocimiento de los sistemas de enmangue sino del rechazo de los remaches, como es el caso de una pieza encontrada en el Pinhal dos Melos, en la Beira Alta portuguesa (pág. 138), donde los hombros de la hoja de remaches se eliminaron siguiendo la técnica del cincelado y los bordes resultantes se retocaron cuidadosamente, lo que resultó un alargamiento de la lengüeta y una pequeña grada en el perfil de la misma, que queda como prueba de su forma original.

Con todo esto, el autor observa que en el conjunto de la Península las hojas de lengüeta revelan patrones significativos: el bloque de la Meseta y la cuenca del Guadalquivir, como grupo homogéneo, y un segundo marco más heterogéneo formado por las costas peninsulares, donde el bajo y medio Guadalquivir sería la zona de contacto entre ambos. El origen de la homogeneidad del vasto grupo del centro peninsular, también visible en sus modelos cerámicos, muy probablemente se encuentra en su modelo de vida trashumante, lo que conlleva traslados periódicos de la población en distancias considerables. Por el contrario, la navegación costera resulta una red de comunicación más bien escalonada y por ello se observa una mayor heterogeneidad en los tipos metálicos en las regiones costeras (págs. 134-135).

Las primeras hojas de lengüeta claramente separada del enmangue que aparecen en la Península Ibérica, junto con la cerámica campaniforme, tienen sus paralelos tipológicos (al igual que motivos de decoración en la cerámica, alfileres y adornos espiraliformes) en el ámbito danubiano de Europa central (págs. 48-49). Esto hace suponer que la aparición de hojas de Ciempozuelos, producidas en la Península e importadas y halladas en centro Europa, deben datarse en un Bronce Inicial Antiguo peninsular, simultáneo al Bronce AI de Reinecke (págs. 48-50).

De la misma forma, materiales encontrados en las tumbas de las culturas del Argar y de Aunjetitz (o cultura de Unetice, Europa central), parecen indicar también un cierto paralelismo cronológico entre la fase de Reinecke A2 de Europa central y el Bronce Antiguo Reciente peninsular (págs. 62-63); aunque es posible que esa fase en la Península se prolongue un poco más. También se detectan relaciones culturales con otras zonas del Oeste de Europa, que permiten unas conclusiones cronológicas, de modo que el inicio del Bronce Medio ibérico se puede relacionar con el horizonte británico de Arretton Down (pág. 62). Pero del mismo modo señala D.B. que resulta difícil establecer una relación cronológica pormenorizada con las distintas fases del Bronce Medio de los demás países europeos (págs. 63-64).

En otro orden de cosas, y dentro de un minucioso catálogo, en el que se analizan pormenorizadamente, pieza por pieza, todos los objetos conocidos por tipología y yacimiento, se enfatizan los escasos indicios sobre la función original de las piezas. D.B. señala que la gran mayoría de ejemplares nunca pudieron servir como armas; bien por sus reducidas dimensiones o por las escasas huellas de uso que presentan. Los indicios de una función práctica como armas son escasos y solamente se encuentran en hojas de grandes dimensiones, que son clasificadas en su mayoría como espadas (págs. 64-65).

Algunos ejemplares en sepulturas argáricas se han hallado junto a restos de comida y en particular junto a huesos de animales, que a veces muestran melladuras, lo que podría en estos casos señalar su empleo como instrumentos cortantes en la preparación de la carne. Esto no implica que no hubiese

entre las piezas analizadas ejemplares que pudiesen considerarse armas, pero las piezas que claramente se pueden identificar con puñales son una minoría entre el material (págs. 65-66).

Por otra parte, hay algunas piezas que por vestigios visibles muestran que en algún momento estuvieron enmangadas como alabardas, pero que tras un tiempo cambiaron a un mango de puñal, para lo que no se encuentra una razón técnica en este cambio funcional (pág. 65). Este fenómeno se concentra sobre todo al inicio del Bronce Medio. Por otra parte, en algunas piezas ciertas huellas de uso características de tal clase de armas permiten una identificación como alabardas. En su mayoría se trata de melladuras bastante profundas en uno de los bordes, por regla general concentradas directamente por debajo de la empuñadura. Por el contrario no son muy frecuentes daños en la punta, que sin duda fueron causados por el uso; por eso las alabardas no se utilizaron principalmente para el golpe directo, sino se emplearon como podadera para herir las extremidades y el cuello del enemigo; una forma de empleo que atestiguan las fuentes literarias de la antigua China, la única región del mundo en la que el uso de alabardas de bronce llegó a tiempos históricos y se documentó por escrito. Según esas fuentes literarias un golpe bien asestado puede decapitar fácilmente a un hombre. Así, la representación en la estela portuguesa de *Vinha do Cruzeiro da Quinta da Veiga de Longroiva*, muestra que la persona armada con una alabarda (lámina 194) lleva también un objeto en el cuello con forma de rejilla que se asemeja mucho a otros representados en las estelas del Suroeste; dicho objeto se interpreta aquí (pág. 390) como una forma de coraza para proteger el cuello como parte más amenazada por tal tipo de esgrima. En todo caso, D.B. señala que no todas las alabardas, por sus medidas o factura, pudieron servir como armas de combate, ya que como en el caso de los puñales hay algunos ejemplares que tienen un carácter no utilitario, sino de prestigio o simbólico (págs. 390-391).

Otra cuestión del mayor interés es la del origen de la alabarda. La similitud formal entre algunas piezas peninsulares —sobre todo de hoja ancha y punta redondeada—, y las llamadas hachas ‘de pico de pato’ (*Entenschnabeläxten* o *duckbil*, en inglés) del Próximo Oriente hace pensar en un parentesco real entre los dos (pág. 411). Pero los materiales peninsulares no presentan cubo de empuñadura, aparentemente porque las hicieron artesanos desconocedores de la fundición en moldes complejos, una técnica que en la Península Ibérica sólo aparece en los dos ejemplares del tipo Cuenca, que en consecuencia puede dudarse si fueron fundidos en Iberia o si son piezas importadas (págs. 410-412).

Con respecto a los ritos de deposición intencional, las alabardas desempeñan un papel importante; éste es el caso del grupo de Tras-os-Montes para el que se admite una cierta relación con fuentes de aguas minerales o cursos de agua, también el depósito de Abreiro y el hallazgo de El Arribanzo. Además de los mismos ejemplares metálicos, la estela de la *Vinha do Cruzeiro da Quinta da Veiga*, única estela antropomorfa con representación de una alabarda en la región, apareció al lado de un arroyo. En el resto del territorio peninsular, relativamente pocos hallazgos de alabardas se pueden relacionar con agua; salvo la pieza de Baútas, la de la Granja de San Martín y la de Beluso, que se hallaron directamente dentro de sus respectivos cursos de agua. Así mismo participa del rito de la deposición acuática algún puñal del Bronce Medio, de tal modo que aquí se puede suponer una tradición continua, que llega hasta los depósitos de espadas y puntas de lanzas tubulares del Bronce Reciente (págs. 394-397). Pese a todo esto, los depósitos acuáticos en la Península Ibérica son proporcionalmente pocos en comparación con otras regiones de Europa atlántica. Aunque D.B. señala que el mayor número de hallazgos allí está íntimamente relacionado con las actividades de dragado y a la rectificación de muchos ríos como consecuencia de la revolución industrial, o bien a causa de la extracción intensiva de turba durante el mismo período.

Por otra parte, durante el Bronce Medio la práctica de depositar alabardas por regla general parece sustituir la deposición de espadas, hasta ahora conocida ante todo en la Meseta y los depósitos en las cuevas de la cornisa cantábrica (pág. 396).

D.B. también señala que en la región peninsular de la cuenca del Guadalquivir se puede observar un rito de deposición, que en el resto de Europa tiene una difusión mucho mayor: la deformación y amortización intencional del extremo distal que muestran muchas alabardas halladas como objetos aislados en ámbitos no acuáticos (pág. 397).

En comparación con otras regiones europeas en la Edad del Bronce Antiguo de la Península Ibérica no hay nada que corresponda con los grandes depósitos de centenares de piezas que existen en el mismo período en la Europa central. Esto indica que allí la producción de objetos metálicos estuvo organizada según un modelo distinto, no presente en la Península antes de la transición al Bronce Reciente. Como conclusión, D.B. señala que parece posible que dichas diferencias tengan que ver con

los respectivos sistemas de valor material, mencionados ya en relación a las distintas redes de comunicación existentes en el centro y la periferia de la Península. Siguiendo en esta misma línea, en toda la Península Ibérica parecen conservarse algunas estructuras «calcolíticas» hasta el fin del Bronce Medio, estructuras que en Europa central experimentaron su transformación ya en el transcurso del Bronce Inicial. Lo mismo ocurre con la técnica de fabricación de casi todos los objetos metálicos en los talleres peninsulares; la aleación regularizada de cobre con estaño y la fundición en moldes complejos son elementos que llegan con el mismo retraso y junto con nuevos rasgos tipológicos. Así D.B. señala que eso ocurre en un momento en el que la cultura argárica y los grupos del Bronce Atlántico Antiguo habían desaparecido. La evolución posterior a esta ruptura ya pertenece al Bronce Reciente y por eso no es sujeto del trabajo de D.B.

En conjunto, puede decirse que nos hallamos ante un trabajo muy completo que incluye un catálogo exhaustivo de las piezas (págs. 70-451), agrupadas por tipos y tratadas individualmente, de una forma coherente y ordenada. Además, desde el punto de vista formal (y como es norma de los *PBF*), el libro está excelentemente ilustrado, ya que incluye un apéndice de máxima calidad de dibujos de las piezas (195 páginas), además de detallados mapas de distribución de los tipos individuales (págs. 122-166); así como una representación sumaria de la cronología de las distintas formas, agrupadas en una gran Tabla gráfica (lámina 195). Se trata pues de una monografía extensa, bien estructurada y desarrollada, donde el autor maneja una amplísima cantidad de información, tanto de materiales, como queda patente en el trabajo de compilación, como bibliográfica, detalladamente indicada en notas a pie de página y al final de la obra (págs. 476-507). Así mismo, la obra contiene un útil apéndice donde se indican los museos donde se conservan las piezas. Además, se incluye un resumen en tres idiomas: alemán, portugués y español.

Cabe pues indicar en síntesis que nos encontramos ante un trabajo destacable, que incluye novedosas aportaciones de forma objetiva y bien fundamentadas. Es un estudio de indiscutible importancia, cuya provisión de datos se muestra en concordancia con el valor de su análisis, y que no debe faltar en una biblioteca arqueológica.

Con posterioridad a la redacción de estas páginas hemos tenido conocimiento de dos nuevos trabajos del autor que complementan lo aquí discutido.

Dirk Brandherm, «Porteurs de hallebardes? Überlegungen zur Herkunft, Entwicklung und Funktion der bronzezeitlichen Stabklingen». En: *Varia Neolithica III – Gedenkschrift für Annemarie Häußer und Helmut Spatz. Beiträge zur Ur- und Frühgeschichte Mitteleuropas* 37 (Langenweißbach 2004) (en prensa).

Dirk Brandherm / Ronan O'Flaherty, «Prodigal Sons: two 'halberds' in the Hunt Museum, Limerick from Cuenca, Spain and Beyrût, Syria». *Journal of the Society of Antiquaries of Ireland* 131, 2001, 56-60.

EVA GONZÁLEZ DEL CAMPO

FIELDS, Nic; SPEDALIERE, Donato; SULEMSOHN, Sarah: *Troy c. 1700-1250 BC. Fortress series* 17. Osprey, London 2004. ISBN 1 84176 703 4.64 pags., ill. B/N y color.

Junto a la ya más tradicional serie *Men-at-Arms* y las algo más recientes *Warrior* y *Elite* (sin mencionar otras dedicadas a vehículos y armas que por su modernidad quedan fuera del ámbito cronológico cubierto por *Gladius*), la popular editora británica Osprey, especializada en historia militar, ha continuado su línea de ampliación y diversificación con otra serie dedicada a fortalezas, que incluye algún título dedicado al mundo antiguo, como el referente a la Muralla de Adriano (vol. 2 de la serie) o el presente, dedicado a Troya.

No cabe duda de la oportunidad comercial de un libro más con este título, dedicado —en la línea comercial de Osprey— a los buenos aficionados a la Historia Militar, al modelismo o a los *wargames*, toda vez que su publicación casi ha coincidido con la llegada a las pantallas de cine de la película protagonizada por Brad Pitt, que ha popularizado de nuevo el tema. Y esto al tiempo que la polémica científica sobre las nuevas excavaciones en Troya dirigidas por Manfred Korfmann, ha llegado también al gran público, o al menos al gran público lector de prensa seria como *The Times* en Gran Bretaña, o de revistas de divulgación histórica como *La Aventura de la Historia* en España. Nada tenemos

que objetar a este sentido de la oportunidad, y en principio un título como este, y en una editorial como *Osprey*, ocuparía un ‘nicho ecológico’ diferente al de otras obras divulgativas de reciente aparición, como la misma de Korfmann (1998), Siebler (2002), Hertel (2003) o Latacz (2003); su tradición de textos concisos y breves complementados con magníficas ilustraciones y reconstrucciones en principio augura un texto complementario de interés.

Tras una breve Historia de la Investigación sobre Troya, y unas Tablas Cronológicas mucho más eruditas de lo habitual en las colecciones de esta editorial (incluyendo toda la jerga arqueológica de abreviaturas como HRIIC, o las correlaciones entre la LBA con Troya VIIa a VIIb2, por ejemplo), el libro entra en materia con una detallada descripción estratigráfica ‘factual’ de los diferentes niveles de Troya, desde la Troya I del Bronce Antiguo hacia el 2.900 a.C. hasta la Troya IX romana (pp. 13-28). El siguiente capítulo, a nuestro juicio bastante fuera de lugar en el libro, se dedica a una detallada disgresión sobre la técnica constructiva en adobe en el Próximo Oriente, con consideraciones sobre la edificación en Egipto moderno y antiguo (pp. 29-30) y los pros y contras que para los autores griegos clásicos y helenísticos tenía el adobe como material constructivo contra las armas de asedio helenísticas.

El siguiente apartado o capítulo se dedica a analizar en exclusiva (pp. 34-45) las fortificaciones de la Troya VI, tradicionalmente considerada la inmediatamente anterior a la Troya VII ‘homérica’. Aquí Fields entra en considerable detalle, centrándose en la edificación, las torres y puertas y las defensas exteriores, utilizando y aceptando por completo las conclusiones de las excavaciones de Korfmann de los años noventa (por ejemplo, la existencia de una gran ciudad baja rodeada por un amplio foso, que sin embargo no se refleja en las ilustraciones, *vid. infra*).

De nuevo el siguiente capítulo se aparta por completo de la línea argumental del librito ya que, sin justificación, las páginas 46-50 (una proporción importante en un librito de 64 páginas) se dedican a las «Mujeres de To-ro-ja», una disquisición sobre las tablillas micénicas de Pilos que citan mujeres dedicadas a labores textiles, algunas de las cuales *podrían* proceder de Troya, y al carácter pirático y depredador de los principados micénicos. Tras esta disgresión el siguiente capítulo se dedica al ‘caballo de Troya’, recogiendo todas las fuentes sobre un episodio no tratado en la *Iliada*, y explorando la idea de que la narración épica recoja, distorsionada, la acción de arietes o máquinas de guerra (una ilustración inspirada en los relieves asirios se presenta en p. 54). La propuesta es consistente, aunque no explora otras posibles alternativas como los barcos con prótomos equinos por ejemplo, como origen de la leyenda. En un libro dedicado al público general, sin embargo, el uso de paralelos para máquinas de asedio desde el s. XX a.C. en Egipto hasta el s. IV a.C. en la Grecia clásica puede, como mínimo, llevar a confusión.

Sólo las últimas páginas aluden en realidad a la ‘guerra de Troya’ homérica, al probable empleo de la bahía de Besika como campamento aqueo, y se defiende (siguiendo a M. Korfmann) que si hubo una ‘Troya homérica’ debió ser Troya VI y no las modestas y ‘encogidas’ Troya VIIa o VIIb.

Sin duda las reconstrucciones a color son tradicionalmente el punto fuerte de los libros de esta editora. El libro rompe la tradición de insertar un cuadernillo de láminas centrales comentadas en detalle al final, para insertarlas a lo largo del texto. Sin duda los dibujos de D. y S.S. Spedaliere son precisos y detallistas, pero a nuestro juicio el uso de tonos pastel muy homogéneos, la ausencia de rellenos en los cortes y secciones, y el intento de dibujar con igual detalle, piedra a piedra, los lienzos de mam-postería y pavimentos empedrados, hacen que estas preciosistas reconstrucciones resulten bastante confusas, produciendo fatiga visual sin ganar claridad (p. ej. bastión NE, p. 35) y generando un aire que recuerda a los libros infantiles que proponen ‘encontrar a Wally’. Comparando estos dibujos con, por ejemplo, los de P. Connolly para Pompeya o Atenas (Connolly, 1990; Connolly, Dodge, 1998), se apreciará de inmediato la enorme diferencia en capacidad informativa.

Por otro lado, hay alguna dificultad factual seria en los dibujos. Las reconstrucciones aceptan de pleno las ideas de Korfmann sobre una gran ciudad baja completamente llena de viviendas y estructuras permanentes —lo que todavía está en discusión, ver <http://www.uni-tuebingen.de/troia/eng/kontroverse.html>— (ver Láms. pp. 22, 42-43 y comparar con Korfmann, Mannsperger, 1998 *passim*). Aunque debatible, ésta es una opción que sería aceptable si se mantuvieran las conclusiones completas del equipo de Tübingen y no sólo las reconstrucciones ya obsoletas de su dibujante Ch. Haussner. Nos referimos a que las reconstrucciones mencionadas no recogen dos elementos esenciales de las excavaciones recientes que sí están probados arqueológicamente (los fosos y empalizadas en la ciudad baja hallados en 1994-1998 y 2003, por ejemplo, ver Korfmann, 1995 y el resumen reciente de Easton *et al.* 2002:82 ss.; para detalles, ver los diferentes volúmenes de *Studia Troica*, en particular los resúmenes de *Ausgrabungen*

sobre las campañas de 1997 —vol. 8— y anteriores) y en cambio dan como probada la (debatible y muy discutida) existencia de una muralla continua con lienzos y torres de mampostería (<http://www.uni-tuebingen.de/troia/eng/kolbinterviews.html>).

Si la tradición de las diversas series de la editorial Osprey es proponer resúmenes concisos pero muy legibles, llenos de datos pero sin aparato crítico, e ilustrados con excelentes reconstrucciones a color, pero sin entrar en detalles eruditos, el presente volumen se aparta considerablemente de esa línea. Parece más un manual arqueológico abreviado con alguna disgresión erudita (las tablillas de Pilos o la arquitectura en adobe), prestando comparativamente poca atención a los aspectos realmente militares. Incluso el núcleo del libro, las fortificaciones de Troya VI (pp.34-45) es más descriptivo que explicativo, y no hay nada parecido a una discusión sistemática de la guerra en las fases finales de la Edad del Bronce, o de la guerra de asedio en ese periodo. El estilo es desde luego más académico que divulgativo, pero el especialista encontrará serias deficiencias en las ilustraciones. El librito no escatima datos (pp.13 ss.), pero da la sensación de que al autor a menudo los árboles de la estratigrafía o del detalle (por ejemplo las tablillas alusivas a to-ro-ja) no le dejan ver el bosque de las cuestiones generales esenciales, salvo en una brevísima discusión en p. 59, y eso, en un libro de esta colección, debe considerarse una crítica severa. Es sin embargo bienvenida la inclusión, ya habitual en los últimos años en los libros de Osprey, de una buena bibliografía y un breve glosario.

En conjunto, se trata de un libro que recoge las investigaciones recientes, de un tono académico muy superior al habitual en las series de Osprey, con un enfoque más arqueológico y arquitectónico que militar, que probablemente no es lo que la mayoría de los lectores habituales de estos libros esperan; un libro que parece más adecuado para las aulas de los cursos generales de Universidad —con algunas limitaciones— que para el público general, y en el que incluso las ilustraciones a color, ‘marca de la casa’ resultan algo confusas y discutibles.

REFERENCIAS

- CONNOLLY, P. (1990) *Pompeii*. Oxford, OUP.
- CONNOLLY, P.; DODGE, H. (1998) *La Ciudad Antigua*. Madrid, Acento.
- EASTON, D.F.; HAWKINS, J.D.; SHERRATT, A.G.; SHERRATT, E.S. (2002) «Troy in recent perspective». *Anatolian Studies* 52, pp. 75-109.
- HERTEL, D. (2003) *Troya*. Madrid, Acento.
- KORFMANN, M. (1995) Troya: a residential and trading city at the Dardanelles. R. Laffineur, W.D. Niemeyer, *Politeia. Society and State in the Aegean Bronze Age. Aegaeum* 12, Liège, 173-183.
- KORFMANN, M.; MANNSPERGER, D. (1998) *Troia. Ein historischer Überblick und Rundgang*. Stuttgart, K. Theiss.
- LATACZ, J. (2003) *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma*. Barcelona, Destino.
- SIEBLER, M. (2002) *La guerra de Troya, Mito y realidad*. Barcelona, Ariel.

También

- <http://www.uni-tuebingen.de/troia/eng/kontroverse.html>;
- <http://www.uni-tuebingen.de/troia/eng/publikationen.html>
- <http://www.uni-tuebingen.de/troia/eng/fachliteratur.html>
- y en general la página web completa <http://www.uni-tuebingen.de/troia/>

FERNANDO QUESADA SANZ

COHEN, RICHARD: *Blandir la espada. Historia de los gladiadores, mosqueteros, samurai, espada-chines y campeones olímpicos*. Ed. Destino, Barcelona, 2003 (edición original, 2002). Trad. Patricia Antón. 556 págs., Ils., Índice. ISBN 84-233-3567.

Richard Cohen ha sido un gran esgrimista británico, campeón nacional en Inglaterra y miembro de su equipo olímpico en cuatro Olimpiadas. Además, tiene experiencia como editor y periodista. Armado con este estimable doble bagaje, se ha lanzado a una empresa colosal y apasionante: una historia de la espada, o mejor, de los hombres que la han blandido a lo largo de la historia, obviando el uso militar y centrándose sobre todo en el duelo y la esgrima deportiva, procurando evitar la aridez de la que con cierta justicia acusa al libro clásico de Richard Burton (Burton, 1884). Y puesto que la historia de la espada es en buena medida la historia de los hombres que las forjaron y emplearon, y también la de las sociedades que regularon su uso, la historia de Cohen acaba por ser una forma de abordar la Historia de Europa, con excursiones colaterales a universos paralelos como el Japón.

En este sentido, el tema del libro es apasionante, y la documentación empleada, aunque a veces descompensada, enorme y en general excelente: incluso el erudito encontrará en sus páginas informaciones detalladísimas sobre aspectos tan variados como la biografía de mujeres esgrimistas en la Europa Moderna (pp. 103 ss.), o sobre los coreógrafos que han intentado dar verosimilitud a los duelos filmicos (pp. pp. 249 ss.). Sin embargo, una vez digerido el volumen, el lector interesado encontrará que las credenciales del autor acreditadas al principio hubieran quizá debido ir acompañadas, en un libro de tan amplio aliento como éste, por una más sólida formación como historiador, y quizá una mejor técnica periodística capaz de aconsejarle cuándo evitar caer en la morosidad por exceso, por acumulación. Porque un libro que se comienza leyendo con verdadero entusiasmo acaba, en sus más de quinientas páginas, resultando algo monótono por exceso no de datos, sino por la forma algo lineal de presentarlos en una serie interminable de historias y anécdotas, jugosas y divertidas individualmente, pero algo excesivas en su suma final.

El libro se estructura nada menos que en seis partes que contienen veinte capítulos, más detallados a menudo que se avanza en el tiempo, amén de un Prólogo personalísimo que sin duda está entre lo mejor del libro, y un no menos personal y atractivo Epílogo. Ambos, basados en la experiencia personal del autor como esgrimista de primera fila, son vívidos y emotivos.

La **primera parte** ('De Egipto a Waterloo') es sin duda la menos detallada y más discutible de la obra: parece impuesta por un plan ambicioso que quiere comenzar *ab initio*, frente a la clara preferencia y familiaridad del autor por lo que ocurre con la esgrima a partir de la Edad Moderna. El capítulo 1 'cómo empezó todo', aún contando con méritos como citar diálogos de *Gladiator*, resulta demasiado general y lleno de imprecisiones como para ser muy útil al historiador. En particular, no reconoce ni valora adecuadamente la dialéctica básica de la esgrima antigua, la alternativa entre los golpes punzantes y tajantes (Quesada, 2001) sobre la que hay amplio material en las fuentes como para una jugosa discusión, y da la sensación de que no existía algo parecido a una técnica: «El arte del manejo de la espada en sí mismo no se valoraba» (p. 28), lo que es muy discutible. Tampoco se estudia la abundantísima bibliografía reciente sobre el combate gladiatorio (que por cierto, no fue un invento romano, p. 29). Además, determinados saltos temporales (p. 34, tras asistir a la decadencia y caída del Imperio Romano tras Adrianópolis se regresa momentáneamente a la Edad del Bronce; o en la p. 36, alusión a la espada ropera, que no aparecería hasta siglos después del periodo en discusión) no ayudan a extraer un panorama claro de lo que el autor quiere decir.

Mucho más convincente y ordenado resulta el Capítulo 2, que abandona la Antigüedad y la Edad Media para centrarse en los primeros tratados de esgrima científica de los siglos XIV-XVI, donde además, cosa rara en un autor anglosajón, se concede el debido crédito a la influencia de la escuela española del Renacimiento y su 'espada ropera'. El Capítulo 3 se dedica al duelo judicial, para lo cual ha de retroceder en el tiempo respecto al capítulo anterior y comenzar en los siglos oscuros del inicio del medioevo para llegar hasta el s. XIX en que el duelo judicial dejó de ser aceptado. El Capítulo 4, dedicado a 'Francia en la era de los mosqueteros' se dedica al duelo en ese país en torno al s. XVII y principios del XVIII, con profusión de anécdotas y personajes conocidos, de Voltaire y Descartes a D'Artagnan y las mujeres esgrimistas. Sin embargo, el capítulo trata en realidad de la progresiva sustitución de la larga espada ropera de origen español por otra más corta y liviana, la *épée courte*, que exigió un nuevo tipo de técnicas de esgrima.

La **segunda parte** de la obra, titulada 'La búsqueda de la perfección' agrupa tres capítulos de muy diferente naturaleza. El Capítulo 5 se dedica a la tecnología de las espadas, con una discusión relativamente confusa sobre la importancia de un contenido adecuado en carbono, y de las dificultades que plantea conseguir dureza y flexibilidad al mismo tiempo. Tras la discusión metalúrgica, una serie de 'visitas' recorren los centros espaderos tradicionales de Damasco, Toledo —donde Cohen parece mezclar la tradición referida al área del Jalón y Bilbilis con la toledana—, Solingen y Japón.

Si el Capítulo 5 trata de la búsqueda de la perfección en la tecnología metalúrgica, el 6 se dedica al mito de la 'estocada perfecta': aquí la experiencia personal del autor hace que la lectura sea más atractiva y el conjunto mejor hilado; por cierto que Cohen se muestra como un gran conocedor de las obras de Arturo Pérez Reverte y su pasión por la esgrima. El Capítulo 7 abandona Europa para dedicarse al arte de la esgrima en Japón, donde 'la espada es el alma'. Este capítulo, independiente del resto de la obra, se lee con agrado y resulta claro y convincente. Alude además a la rebelión Satsuma de 1877 (pp. 190 ss.), que inspiró la película *El Último Samurai*, protagonizada por Tom Cruise.

La **tercera parte** del libro se dedica al apogeo del duelo, pero no al duelo judicial, ya tratado en el Capítulo 3, sino al duelo 'de honor', y su evolución hasta casi la actualidad: por las páginas de los Capítulos 8 y 9 van desfilando personajes probables e improbables como el Duque de Wellington, Joseph Conrad, Clemenceau, Pushkin, Marx, Dickens, Churchill, el barón de Coubertin o Patton. La sucesión de biografías y anécdotas es individualmente apasionante, pero a la larga llega a cansar, sin que se observe una recapitulación de las conclusiones, falta constante a lo largo de libro. El Capítulo 10, también incluido en esta parte, es una unidad independiente dedicada a la esgrima en el cine, y resulta de lectura curiosa aunque en exceso morosa; resulta interesante anotar que para uno de los mejores coreógrafos de esgrima del mundo, el maestro Bob Anderson, Antonio Banderas haya sido su mejor discípulo y un potencial esgrimista de primera fila en *La máscara del Zorro* (p. 271). El Capítulo 11 se traslada a los Estados Unidos, analizando la evolución del empleo de la espada (a través de la biografía de varios presidentes significativos, de Washington a Reagan), del duelo y el origen de la esgrima deportiva.

La **cuarta parte** se dedica a las *heridas del guerrero* (Capítulos 12 y 13). Comenzando —no se sabe muy bien por qué— por una descripción de los tragasables de circo, no apta para estómagos delicados, Cohen pasa a estudiar las heridas de arma blanca, como siempre no en el ámbito militar, sino en el del duelo 'de honor' y la esgrima deportiva, con una adecuada distinción entre las heridas punzantes y tajantes —más peligrosas las primeras— y las recibidas en el torso o las extremidades. Algunas de las descripciones resultan bastante... vividas. La descripción sobre la evolución de las protecciones en la esgrima deportiva y de los terribles accidentes que a veces ocurren nace evidentemente de la larga experiencia del autor. En el Capítulo 13 'Cicatrices gloriosas' (mejor que 'Cicatrices dejadas por la Gloria') encontramos algunas muy jugosas observaciones sobre el respeto que las cicatrices imponen a determinadas mentalidades, en relación sobre todo con la historia del duelo universitario alemán destinado a producir honrosas cicatrices en la cara y que, nos dice Cohen, todavía perdura hoy.

La **quinta parte** del libro, titulada 'Grandes potencias' se dedica a la fascinación que por la esgrima sintieron los regímenes totalitarios fascista y nazi (Capítulos 14 y 15), con muy interesantes acotaciones sobre personajes como Heydrich o Franco, mientras que el capítulo 16 salta a estudiar la carrera de los grandes campeones de la esgrima deportiva italiana que forjó verdaderas dinastías familiares -los Greco, Nadi, etc. En el Capítulo 17, y comenzando con una divertidísima anécdota ajena al mundo de la esgrima, se analiza la escuela de esgrima húngara y el éxodo de tiradores de esta nacionalidad a Occidente tras la Segunda Guerra Mundial.

Por último, en la **sexta y última parte** de su compilación, quizá una de las de más amena lectura de todo el libro, Cohen analiza los 'pactos faústicos'. El capítulo 18, dedicado a la escuela polaca y en particular a Jerzy Pawuowski resulta fascinante: el 19, dedicado a las trampas y combates amañados, también. El capítulo final y el *Epílogo* son los más personales del libro, desvelando numerosas interioridades de la esgrima deportiva moderna en la que el propio Cohen ha sido figura destacada.

Como se aprecia de todo lo anterior, la obra de Cohen es completísima, abarcando multitud de aspectos a lo largo de toda la historia, aunque la trabazón, el hilo conductor que la guía, a veces resulta difícil de seguir. Donde el libro alcanza sus mejores páginas es sin duda en aquellas en las que Cohen emplea su experiencia personal para narrar anécdotas o para explicar aspectos del arte de la esgrima; en las partes históricas, y en especial en lo anterior al Renacimiento, el libro presenta en cambio numerosas imprecisiones, lagunas y en general resulta confuso. Hay quizá un exceso de información en

forma de una sucesión ininterrumpida de biografías y anécdotas comentadas que no se equilibra con comentarios generales que vayan sintetizando las características básicas de la interacción entre espada y sociedad en cada época (Medievo, Renacimiento, Edad Moderna, etc.). Se echa en falta también una cierta visión general sobre los aspectos básicos del empleo del arma (duelo judicial, de honor, guerra, deporte). Por último, quien busque en la obra alguna referencia sobre el uso militar del arma blanca, lo hará en vano salvo en el capítulo dedicado al Japón. Con todo, si hay una crítica fundamental que se pueda hacer a este libro es que muy a menudo los árboles de la anécdota o del dato puntual no dejan ver el bosque; puede extraerse una información sintética más rápida sobre el duelo de honor, por ejemplo, acudiendo a clásicos como el librito de Yñiguez (1890). A cambio, la masa de información potencialmente útil, para la investigación o para la tertulia, es colosal.

En un libro de este calibre, plagado de términos y discusiones técnicas e históricas, la **traducción** es fundamental. En este sentido, aunque la traductora sin duda ha hecho un gran esfuerzo, e incluso incluye una inusual nota de agradecimientos (p. 517), debemos expresar nuestras serias reservas. Para comenzar, la versión española omite páginas y páginas del original, o al menos del original tal y como fue publicado varios meses antes de la edición española en Gran Bretaña con ISBN 0 333 90192 4 y que coincide en fecha y casa editora con la obra original citada en la página legal de la versión española. Sólo se nos ocurre que la traductora dispusiera, no de la versión definitiva, sino de un manuscrito todavía incompleto, que fue sustancialmente mejorado en la edición inglesa y no en la española, o que haya manejado una edición americana reducida (y en ese caso siempre se debió escoger la edición más completa para traducir). A título de ejemplo, sin ánimo alguno de ser exhaustivos, y sólo citando algunos casos en los que hemos cotejado ambas ediciones a modo de ejemplo, observamos ausencias que oscilan entre unas pocas líneas y varias páginas en las páginas 182, 183, 185 del Capítulo 7; o en las 235, 243 del Capítulo 9; también en las páginas 311, 312, 314, 317, 322 del Capítulo 12 ... En el capítulo 14 faltan líneas, párrafos y hasta páginas enteras en las págs. 350, 358, 359 362, 363... lo mismo puede decirse de los demás.

En las notas se observan mejor aún las ausencias: por capítulos, la edición española tiene el siguiente número de notas a pie de página (entre paréntesis, el número de notas en la edición inglesa): Prólogo, 5 (5); Cap. 1, 17 (19); Cap. 2, 16 (17); Cap. 3, 22 (28); Cap. 4, 31 (36); Cap. 5, 20 (25); Cap. 6, 13 (14); Cap. 7, 30 (34); Cap. 8, 43 (54); Cap. 9, 23 (32); Cap. 10, 14 (18)... y así sucesivamente. Es evidente que se hurta al lector español una parte sustancial de la información.

Por lo que se refiere a la calidad de la traducción propiamente dicha, y aparte de cuestiones de estilo plenamente subjetivas, por lo general es correcta, aunque hay muy numerosas imprecisiones e incluso errores, algunos graves, que alteran el significado del texto para el lector no avisado o no especialista. Así, cuando Cómodo fue asesinado por su '*senior entourage*' no quiere decir Cohen que fuera asesinado '*por su séquito de superiores*' como indica la traducción, ya que no había superiores al emperador: se trata de 'altos funcionarios' o su 'séquito de alto rango'. En p. 42, el ejército inglés no tenía quinientos hombres en la batalla de Agincourt, sino cinco mil (el original es correcto). Tampoco practicaban los espaderos japoneses tres mil tajos en una mañana (p. 149), sino sólo trescientos. Cuando Cohen afirma (p. 148 ed. Esp.) que '*Japan's own blades date from at least A.D. 794 and ended as weapons of war in 1945*' no quiere decir que 'las hojas del propio Japón se remontan por lo menos al 794 d.C. y acabaron por convertirse en armas de guerra en 1945', sino justamente lo contrario, que acabaron su carrera como armas de guerra nada menos que en el 45. Los duelistas prusianos no trataban de producir 'tajos al sesgo' puesto que sus espadas carecían de filo (p. 328), sino de ensartar (*skewer*) al rival.

En otros casos el problema es de comprensión de un detalle técnico; en p. 135 se nos habla del contenido en carbono del hierro colado o fundido (*cast iron*) y no del 'forjado' que es como se traduce erróneamente, haciendo incomprensible el texto: ambas tecnologías son totalmente diferentes. En p. 27 donde el texto original dice que las espadas griegas estaban '*ridged from point to hilt (to stiffen the blades)*', esto es, que sus hojas estaban acanaladas (o si se quiere, molduradas aunque esta traducción aunque más literal sería inferior) de punta a pomo para dotar de rigidez a las hojas, se traduce 'labradas de la punta a la empuñadura (para endurecer las hojas)'. Las combinaciones de molduras y acanalados no endurecen la hoja, la hacen más rígida, que en esgrima es algo muy diferente. El broquel es circular, y por tanto tiene un diámetro pequeño, y no un 'ancho' (p. 52).

Más complicado es el caso de p. 26, cuando se cita a un 'Nínive, rey de Asiria', donde el original dice 'Ninus' (nombre grecorromanizado transmitido por Herodoto, Ctesias, Trogo Pompeyo, Diodoro y otros autores clásicos). Nínive es, evidentemente, una ciudad aunque a veces se cite en textos trans-

mitidos también como *Ninus*, de ahí la confusión: Ninus como epónimo fundador de la ciudad, padre de Sardanápalo¹. La versión correcta de *Ninus* en castellano habría sido Nino.

En otras ocasiones, hubieras sido quizá correcto castellanizar nombres bien asentados en la tradición española como Albrecht Dürer (p. 47), y traducir *Royal Armouries* como 'Armería' y no 'Arsenal', que es otra cosa (p. 46). También hubiera sido apropiado confirmar el género de los nombres latinos: por ejemplo, *ludus* es masculino y no femenino (p. 31), y en ciertos casos explicar etimologías, como en p. 36, donde una indicación de que estambos hablando de *knights* hubiera ayudado al lector a entender el texto. Como los ingleses no emplean la letra 'ñ' no es raro que los españoles 'juegos de cañas' de la Edad Moderna se conviertan en la edición inglesa en 'canas': peor es que el error se mantenga en la edición española.

Pueden espigarse muchos más problemas de traducción en todas las categorías citadas, pero estos ejemplos bastan para que recomendemos encarecidamente emplear la versión original en inglés y no la traducción española. Porque en todo caso, para cualquier interesado en la historia de la espada en cualquiera de sus facetas, ésta es una obra de lectura obligada e incluso de consulta que no debe faltar en la estantería.

REFERENCIAS

BURTON, R. (1884) *The Book of the Sword*. Vol. I. London-New York (ed. Facsímil, New York, Dover, 1987)

QUESADA SANZ, F. (2001) «¿De filo o de punta?». En Catálogo de la Exposición, 'El filo de las culturas', Valencia, Noviembre-Diciembre 2000, Valencia, pp. 139-149.

YÑIGUEZ, E. (1890) *Ofensas y desafíos. Recopilación de las leyes que rigen en el Duelo, y causas originales de éste, tomadas de los mejores tratadistas, con notas del autor*. Madrid, 1890 (ed. Facsímil, Valencia, 1992).

FERNANDO QUESADA SANZ

CAMPBELL, Duncan B.: *Greek and Roman Artillery 399 BC-AD 363*. New Vanguard Series 89. London, Osprey, London 2003. 48 pags., ills. ISBN: 1 84176 634 8. CAMPBELL, Duncan B.: *Greek and Roman Siege Machinery 399 BC-AD 363*. New Vanguard Series 78. London, Osprey, London 2003. 48 pags., ills. ISBN: 1 84176 605 4.

En el mercado anglosajón, y crecientemente en el francés, italiano y español, existe una muy amplia comunidad de modelistas militares, *wargamers*, y aficionados a la Historia militar que combinan un gran entusiasmo y dedicación con una limitada formación científica y escasa posibilidad para acceder a la bibliografía académica sobre Historia Militar. Por otro lado, dicha producción científica a menudo ha sido algo vergonzante en su dedicación a los aspectos estrictamente militares de la Historia Militar, por paradójico que pueda parecer. Tanto es así, que historiadores y arqueólogos han descrito armas y batallas, campañas y política, pero muy a menudo pasando por encima sobre los aspectos

¹ There is also no king-list comparable to that of the Lydians or the Medes. Instead we find a loose series of remarks relating to the one or other prominent ruler over Assyria or Babylonia. To start with the concept of origins, Herodotus simply mentions a certain King Ninus, seen probably as an - eponymous - founder of the metropolis 7, located on the river Tigris, and he considers Sardanapallus to be his son (II 150). And probably B but this is not verbally the information given by Herodotus B this Ninus is the same person as Ninus, the son of Belus, grandson of Alcaeus and great-grandson of Heracles (I 7). On the other hand the last-mentioned Ninus is the father of Agron, the first king of the Heraclid dynasty in Lydia (I 7).⁸ Following this concept, the origins of nearly all imperial power in Asia can be traced back to Heracles. De R. Bichler, 'Some Observations on the Image of the Assyrian and Babylonian Kingdoms within the Greek Tradition', *Melammu Symposia V. Commerce and Monetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction*, R. Rollinger/Ch. Ulf (Hg.), Stuttgart 2004. (En Internet, <http://www.achemenet.com/ressources/souspresse/annonces/RB.Assyria&Babylonia.pdf>, revisado 26-01-2004).

realmente claves de la reconstrucción de las armas completas, del empleo de las armas en relación con las tácticas, de la experiencia del campo de batalla y de los mecanismos del combate, aspectos todos ellos que no sólo son esenciales, sino que son los que interesan a esa amplia comunidad que hemos descrito. Sólo desde la publicación de las obras seminales de J. Keegan (y de V.D. Hanson para el mundo antiguo) se ha corregido ese cierto pudor de los historiadores profesionales no militares por los aspectos ‘prácticos’ de la Historia militar (Keegan, 1976; Hanson, 1989, 1991).

Por otra parte, el carácter a menudo juvenil de este mercado *amateur* hace que se combinen a menudo una gran avidez de datos concretos (colores, uniformes, tácticas) con cierta impaciencia o falta de tiempo para realizar una investigación en toda regla sobre, por ejemplo, el ‘uniforme’ de un legionario romano tardorromano, o el aspecto que pudo tener un catafracto sasánida. Este hueco de mercado es el que desde hace ya muchos años rellenan algunas editoriales, y en particular Osprey, cuyos —literalmente— cientos de volúmenes publicados sobre todos y cada uno de los aspectos prácticos y concretos de la Historia militar antigua y moderna vienen siendo la fuente de información de partida —y para muchos la única— para pintar figuras de plomo, modelar vehículos, recrear batallas antiguas o simplemente informarse sobre cualquier aspecto de la Historia Militar.

La fórmula de Osprey, cuyo éxito sorprendente ha sido imitado por otras editoriales (inglesas, italianas, españolas...) a mucha menor escala, consiste en la edición de libritos breves —entre 48 y 64 páginas en la mayoría de los casos—, desprovistos de retórica, muy precisos, y dedicados a aspectos concretos. La fórmula mágica es un texto sin notas, sin bibliografía ni aparato erudito, con un esquema constante, ilustraciones abundantes en blanco y negro y un cuadernillo central de reconstrucciones a todo color recreadas por magníficos dibujantes, que han sido a menudo directamente utilizadas por los fabricantes de maquetas y figuras de plomo para diseñar sus productos.

Durante muchos años los productos de Osprey han sido de calidad irregular, y a menudo, en particular los referidos al mundo antiguo, las propias características de la serie han propiciado publicaciones basadas en una ‘investigación’ de fuentes secundarias mal digeridas por autores entusiastas pero poco preparados para abordar temas complejos, sobre los que las fuentes disponibles son a menudo incompletas, ambiguas, contradictorias o difícilmente accesibles. Estas características de las fuentes chocaban a menudo directamente con las directrices editoriales centradas en proporcionar al lector un cuadro nítido y preciso, inmediatamente utilizable y sin ambigüedades. En consecuencia, a menudo los libros de Osprey proporcionaban, en el mejor de los casos, una falsa seguridad en las reconstrucciones que se proponían; y en el peor, simplemente se planteaban hipótesis aberrantes que cualquier especialista reconoce de inmediato, como las alocadas propuestas de catafractos ibéricos con caballos forrados de cota de malla o guerreros con corazas de escamas orientales del libro de Treviño (1986), pero que los no especialistas podían aceptar *at face value* fiados en el prestigio de la serie entre la comunidad *amateur*, lo que generaba un círculo vicioso difícil de romper.

Por otro lado, los propios especialistas de la comunidad académica miraban por encima del hombro, cuando no con claro desprecio, estos intentos que consideraban (a menudo con razón) precipitados y carentes de verdadero rigor: el especialista conoce y asume la incertidumbre y las hipótesis alternativas; el no especialista a menudo se siente incómodo y confuso ante ellas. Por ello, colecciones como las de Osprey a menudo eran ignoradas, especialmente en España, y sólo mentes preclaras como la de Alberto Balil alcanzaban a veces a comprender su potencialidad, dedicando reseñas —caritativas— en revistas científicas a algunos de los títulos de la serie *Men at Arms*, de Osprey (Balil, 1987).

Observamos con satisfacción que en los últimos cuatro años la situación está cambiando para bien. Una nueva ‘generación’ de volúmenes de Osprey está siendo producida por verdaderos especialistas en los temas que tratan, autores que combinan un conocimiento de las fuentes primarias y acceso a bibliotecas especializadas con un manejo adecuado de las técnicas de investigación, incluso si no pertenecen al ámbito académico. Este cambio en la formación de muchos autores se combina con un verdadero renacimiento de la Historia Militar académica fomentada por libros como los de Keegan antes citados, Historia ya liberada —parece— de falsos complejos y de su dependencia de los militares-escritores.

Los recientes libros de Osprey contienen ya índices de nombres, bibliografía adecuada, referencias a las fuentes clásicas y discusiones que no rehuyen las incertidumbres y las dudas; las ilustraciones fotográficas están mejor escogidas, y las reconstrucciones a color de las páginas centrales reflejan una investigación más cuidadosa y un conocimiento de las últimas investigaciones académicas: son por tanto cada vez más utilizables por los historiadores profesionales para ilustrar sus clases y sus conferencias divulgativas —y no tan divulgativas. El círculo, pues, se cierra, y las obras *amateur* re-

sultan ahora de utilidad para la Academia. Entre los autores de reconocido prestigio que publican en Osprey contamos con investigadores como David Nicolle —sin duda uno de los máximos especialistas en Historia Militar y armamento medieval (p. ej. Nicolle, 2002), Nicholas Sekunda para el mundo griego, Marius Mielczarek y otros.

A esta nómina viene ahora a unirse el Dr. Duncan Campbell con sendos volúmenes dedicados a la artillería e ingenios de asedio del mundo grecorromano, volúmenes que a nuestro juicio están entre lo mejor producido por Osprey en fechas recientes. Ambos comienzan su andadura en el 399 a.C. y concluyen en el 363 d.C., y unifican las investigaciones poliorcéticas y mecánicas de los antiguos griegos y romanos. Existen buenas razones para ambas decisiones. El año 399 a.C. es la fecha en que, según las fuentes clásicas (en particular Diodoro Sículo 14, 41) se construyeron en Sicilia, bajo la dirección del tirano Dionisio I de Siracusa, las primeras máquinas de artillería; el año 363 d.C. es el de la desastrosa campaña de Juliano en Persia, y de la batalla de Maozamalcha narrada por Amiano Marcelino, en la que se describe por última vez en detalle el empleo de la artillería, incluyendo un terrible accidente (*Amm. Marc.*, 24.4.28).

En otro orden de cosas, los romanos copiaron y adaptaron del mundo helénico muchos de los tratados y aplicaciones prácticas de ingeniería militar, como en tantos otros aspectos, y la artillería y maquinaria de asedio romana fue adaptación y evolución de lo diseñado por los viejos ingenieros griegos de época clásica y helenística, es pues difícil segregar lo que perteneció a uno y otro mundo.

El volumen dedicado a la artillería se estructura de modo tradicional por periodos y temas. Echamos de menos, y ésta es quizá nuestra principal crítica al volumen, una breve introducción terminológica explicando los términos básicos de clasificación de la artillería antigua por tipo de propulsión y tipo de proyectil, que a nuestro juicio sería imprescindible en un libro de divulgación sobre un tema técnico bastante confuso.

La primera parte del libro se dedica a los primeros diseños griegos. El primer apartado, lógicamente, se dedica al *gastraphetes* o primitiva ballesta (Quesada, 2002 para una breve descripción en español), y sus derivados pesados inmediatos, junto con una breve discusión sobre la adecuación de las fortificaciones griegas de época clásica a las máquinas de artillería. Aunque Campbell advierte, citando a Biton, que probablemente los primeros diseños fueron anteriores a la fecha del 399 a.C., hubiera sido quizá adecuado hacer referencia y discutir —incluso para rechazar la hipótesis— a los hallazgos de posibles proyectiles de *lithoboloi* en contextos asociados a asedios persas, en concreto en el sitio de Pafos en 498 a.C. y otros aún anteriores en Focea (Briant, 1994; *contra* Pimouguet-Pedarras, 2000). Campbell, volviendo a los textos originales, propone aún una nueva reconstrucción del soporte de las máquinas de tensión pesadas, diferente tanto de la de Schramm como de la de Marsden (Lám. A).

El segundo apartado está destinado a las ‘catapultas’ *oxibeloí* lanzadoras de dardos de los griegos¹, máquinas de torsión mecánicamente diferentes de las anteriores y que supusieron un salto cualitativo

¹ Según el **sistema de propulsión**, hubo dos tipos de artillería antigua: la de *tensión* y la de *torsión*. La primera, menos eficaz, se basaba en el mismo principio que el arco, pero a gran tamaño. La segunda empleaba potentes resortes hechos con tendones o crines retorcidas. La artillería de tensión es la más antigua y sencilla, pero tras un periodo de convivencia fue desplazada hacia el s. III a.C. por la más potente y eficaz artillería de torsión. Sólo reapareció en el s. IV después de Cristo en forma de la *arcuballista*, predecesora de la ballesta medieval.

Según el **tipo de proyectil**, la artillería antigua, en modelos de tensión o de torsión, podía arrojar dardos de gran tamaño o proyectiles de piedra. En la terminología clásica latina, la *catapulta* (en griego *katapelta oxibeles*) era una máquina que arrojaba dardos, y en su versión reducida se llamaba *scorpio*. En cambio, la *ballista* (en griego *lithobolos* o *petrobolos*) era un arma —de tensión o de torsión— que arrojaba piedras y, ocasionalmente, recipientes con materiales incendiarios. El problema es que por una notable inversión semántica, a fines del Imperio romano, *ballista* había pasado a designar una máquina para lanzar dardos, y *onagro* una, más sencilla, de brazo vertical y un solo resorte, para arrojar piedras. Esto, lógicamente, contribuye a confundir las cosas.

Las fuentes principales para el estudio de la artillería antigua de tensión o torsión son algunos tratados técnicos escritos por *mecánicos* (ingenieros) griegos y romanos. El primero es el manual de Hieron de Alejandría (s. I d.C.), basado en una obra perdida de Ctesibio, de mediados del s. III a.C.; el segundo fue obra de Biton, hacia el 240 a.C.; el tercero, poco posterior, fue escrito por Filón de Bizancio, quien pudo visitar los grandes arsenales de Rodas y Alejandría. El cuarto manual está inserto en la obra de Vitrubio (c. 25 a.C.), y el quinto es también obra de Hieron de Alejandría, pero en este caso describiendo la *Cheiroballistra*, ingenio de su propia época que fue empleado por Trajano en sus campañas de comienzos del s. II d.C.

en potencia. Para Campbell, la estandarización de las máquinas de torsión se había conseguido hacia 280 a.C. (P. 9), siguiendo en esto a Marsden (1971). La descripción y análisis de los componentes mecánicos es precisa y accesible, aunque si en las ilustraciones se hubieran incluido los términos griegos que se citan en el texto, la legibilidad mejoraría considerablemente. Campbell procede analizando los textos clásicos, apuntando la interpretaciones de autores modernos (Schramm, Marsden, Baatz), y en ocasiones proponiendo sus propias alternativas. A las lanzadoras de dardos siguen las hipertrofiadas catapultas *petroboloi*, lanzadoras de piedras u otros proyectiles pesados, diseñadas sobre todo para atacar fortificaciones en asedios. Campbell identifica adecuadamente que estas máquinas más potentes requerían un principio de construcción diferente del armazón, con soportes romboidales para los resortes de tendón o crin, capaces de proporcionar un ángulo mayor de retroceso a los brazos del arco propulsor; el texto se vuelve aquí crecientemente técnico con los cálculos de peso y alcance de proyectiles, aunque la comprensión se facilita gracias a tablas y gráficos.

El examen de las tres categorías de artillería griega (tensión, torsión de dardos y torsión de piedras) da lugar a un examen de la artillería romana, insistiendo en la herencia griega y sobre todo helenística (pp. 22-23) a través de Cartago durante las Guerras Púnicas. Campbell recuerda también que no fue hasta mediados del s. I a.C., muchos siglos después de su introducción, que Julio César empleó artillería de manera estandarizada. Al igual que antes con los autores griegos, Campbell se apoya en Vitrubio para su descripción, e insiste en las modificaciones de proporción y tamaño introducidas por los ingenieros romanos. Las láminas D-G reconstruyen la artillería romana imperial, distinguiendo entre las armas de diseño tradicional del s. I d.C. y la ‘revolución’ producida en época trajanea (pp. 37 ss.) cuando los armazones de madera reforzados con hierro de la artillería ligera, herencia de los griegos de cinco siglos antes, se vieron sustituidos por otros de hierro forjado mucho menos aparatosos. La nueva *cheiroballistra* descrita en un texto oscuro ha dado lugar a discusiones entre especialistas como A. Wilkins y A. Iriarte (ver al respecto Iriarte 2000 y 2003 con la bibliografía pertinente). El libro concluye con Amiano Marcelino y su descripción (Lám. G) del onagro, una máquina de torsión de un sólo resorte masivo horizontal y con brazo vertical de cuchara, completamente distinto de la artillería tradicional, y más próximo a la imaginaria popular de lo que ‘es’ una catapulta medieval; en esto como en tantas otras cosas el Bajo Imperio se adelantaba al Medievo.

Las ilustraciones están seleccionadas con mucho sentido común, en especial buenas reproducciones de los modelos del general Schramm, tablas y gráficos relativos a alcances y pesos de proyectiles. Las reconstrucciones a color de Brian Delf son limpias y nítidas, recogiendo con precisión las sugerencias del autor y las nuevas tendencias sobre, por ejemplo, el color blanco de las túnicas de los legionarios romanos. Contrariamente a la norma habitual en las series de esta editorial, los comentarios específicos a las láminas no están disociados del texto principal como un Apéndice final (aunque haya un breve comentario-resumen, pp. 45-46), sino que se integran de manera muy inteligente y mucho más eficaz dentro del cuerpo del texto, con llamadas bien visibles en el propio título de los apartados, de modo que es posible leer todo el texto corrido, empleando las ilustraciones como adecuado complemento. Ciertamente este sistema exige del lector que lea *todo* el texto y no que busque la receta en un comentario concreto de la lámina en cuestión, pero en una argumentación como la de este libro la receta es útil y necesaria.

El libro dedicado a la maquinaria de asedio (bastidas, tortugas, arietes, etc.) abarca el mismo periodo que el anterior. La principal —e importante— diferencia es que mientras para las piezas de artillería contamos, aparte de con los detallados tratados técnicos de los antiguos ingenieros, con datos arqueológicos e iconográficos comparativamente muy precisos aunque incompletos, la reconstrucción de las antiguas máquinas de asedio es necesariamente mucho más tentativa e incompleta, ya que sólo disponemos de descripciones mucho menos precisas de textos antiguos, lo que hace que las discrepancias en las reconstrucciones sean mucho mayores aún que las que se producen en artillería.

Campbell procede del mismo modo que en el libro anterior, explicando primero con considerable detalle las invenciones griegas y helenísticas, para luego prestar su atención a las modificaciones e innovaciones romanas. El estilo es similar, con abundante atención a los detalles de las fuentes literarias, en especial Ateneo y Vitrubio. Al contrario de lo que ocurre con la artillería, donde Campbell no presta atención a su posible origen oriental, aquí se reconoce que las fuentes atribuyen primero a Cartago que a Grecia el empleo de máquinas de asedio (bastidas y arietes) en Sicilia ya a fines del s. V a.C. (p. 4), que constituirían el modelo, ejemplo e impulso para los talleres de Dionisio el Viejo. Se tratan, por este orden, las bastidas o torres de asedio macedonias del s. IV a.C., y en especial la Helepolis empleada por Demetrio contra Rodas (*vid. infra*); Campbell propone algún método para mover

estos monstruos, ingenioso pero improbable, como los tornos anclados a vigas *exteriores* hincadas previamente delante de la torre (p. 13). Se analizan luego las ‘tortugas’ o manteletes y casamatas móviles para nivelar el terreno sobre el que habrían de avanzar las bastidas (pp. 13 ss.); los arietes móviles protegidos (pp. 16 ss.), y en especial el ariete de Hegetor de Bizancio descrito por Vitrubio y Ateneo para el que se propone una imaginativa reconstrucción (Lám. D). Finalmente, se analiza la *sambuca* y el *tolleño* diseñado por Arquímedes en Siracusa.

Al igual que ocurrió con la artillería, los romanos no fueron especialmente rápidos en adoptar la maquinaria tardoclásica y helenística, siendo partidarios del asalto directo (p. 34), o en todo caso de las enormes rampas de asedio de madera y tierra (pp. 35 ss.). Con todo, el autor procede a explicar las diferentes —y normalmente menos colosales— máquinas empleadas por los romanos (pp. 36 ss.), deteniéndose en la bastida que Apolodoro diseñó para Trajano a fines del s. I d.C. y en los sencillos arietes empleados por los ingenieros romanos, menos colosales pero probablemente más prácticos que los gigantes helenísticos (p. 43).

Al igual que en el caso del otro volumen, las ilustraciones están bien elegidas, con abundancia de grabados y tentativas de reconstrucción que las diferentes descripciones de los autores clásicos. Sin embargo, las láminas a color, como en el caso anterior de Brian Delf, deben ser tomadas con mucha precaución, ya que son considerablemente especulativas, mucho más que en el caso de la artillería. Tomemos el ejemplo de la tortuga de Hegetor de Bizancio descrita por Vitrubio (Lám. D) reconstruida aquí en forma piramidal muy extraña, frente a la reconstrucción alternativa, completamente distinta, de P. Connolly (1981:285). Incluso la *Helepolis* de Demetrios Poliorcetes, una de las torres de asedio de la antigüedad más detalladamente descrita por nada menos que cuatro diferentes autores clásicos (Diodoro, Plutarco, Ateneo y Vitrubio), presenta considerables diferencias según las diferentes propuestas que se han hecho (comparar Campbell Lám.C con los grabados de su propio libro, pp. 6 ss., y las reconstrucciones recientes, todas distintas, en Connolly, 1981:284; Warry, 1980:90; Sekunda, 1989:134-135, etc.).

Los dos libros de Duncan Campbell se completan, en fin, con una breve pero más que adecuadamente seleccionada bibliografía, índice de nombres y una útil nota sobre los sistemas de peso y medidas empleados por los romanos y sus equivalentes modernos métricos e imperiales.

Echamos de menos, en cambio un pequeño Glosario de términos grecorromanos al final de cada volumen, que verdaderamente sería imprescindible, aunque sospechamos pueda haber sido omitido por razones de espacio.

Quizá por ello se omite también lo que hubiera sido un capítulo importante: el empleo en batalla de la artillería y su efectividad, y lo mismo de las máquinas de asedio, utilizando la información literaria disponible; los libros mantienen un carácter técnico e ingenieril, y probablemente decepcionen a quienes buscaran en ellos *blood and guts*, por usar la expresión inglesa.

En conjunto, pues, y antes de abordar los densos estudios de Marsden, Baatz, Wilkins, Iriarte y otros trabajos especializados, estos libritos resultan ser una más que adecuada introducción, tanto para el aficionado como para el arqueólogo o historiador no especialista que requiera una introducción breve, precisa, rigurosa y actualizada a la cuestión de la mecánica y poliorcética antiguas, y sobre todo a las complejas cuestiones de terminología y construcción.

REFERENCIAS

- BAATZ, D. (1994): *Bauten und Katapulte des römischen Heeres*. Stuttgart.
- BALIL, A. (1987): Recensión de R. Treviño *Rome's enemies. Spanish armies*. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, BSAA 53, 472.
- BRIANT, P. (1994): «A propos du boulet de Phocée». *Revue des Etudes Anciennes* 96, pp. 111-114.
- CONNOLLY, P. (1981): *Greece and Rome at War*. London.
- GARAY TOBOSO, J. I.; ROMEO MARUGAN, F. (1997): «El armamento púnico frente a Sagunto: la aparición de la artillería de torsión en la Península Ibérica». *V Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1995. Sevilla, pp. 47-63.

HANSON, V. D. (1989): *The Western way of War. Infantry Battle in Classical Greece*. London, Hodder and Stoughton.

HANSON, V.D. (ed.) (1991): *Hoplites. The Classical Greek Battle experience*. London, Routledge.

IRIARTE, A. (2000): «Pseudo-Heron's cheiromballistra a(nother) reconstruction: I. Theoretics. *JRMES* 11, 47-75.

IRIARTE, A. (2003): «The inswinging theory». *Gladius* 23, pp. 111-140.

KEEGAN, J. (1976): *The Face of Battle. A study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. London, Jonathan Cape.

MARSDEN, E. W. (1969): *Greek and Roman Artillery. Historical Development*. Oxford.

MARSDEN, E. W. (1971): *Greek and Roman Artillery. Technical Treatises*. Oxford.

NICOLLE, D. (2002): «Two swords from the foundation of Gibraltar». *Gladius* 22, pp. 147-200.

PIMOUGUET-PEDARROS, I. (2000): «L'apparition des premiers engins balistiques dans le monde grec et hellénisé: un état de la question». *Revue des Etudes Anciennes* 102, 1-2, pp. 5-26.

QUESADA, F. (2002): «Gastrophetes, la primera ballesta». *La Aventura de la Historia* 45, pp. 86-87.

SEKUNDA, N. (1989): «Hellenistic Warfare». En J. Hackett (ed.) *Warfare in the Ancient World*, London, pp. 130-135.

TREVIÑO, R. (1986): *Rome's enemies (4): Spanish Armies. Men at Arms*. London.

WARRY, J. (1980): *Warfare in the Classical World*. London,

WILKINS, A. (2000): «Scorpio and cheiromballistra». *JRMES* 11, pp. 77-101.

FERNANDO QUESADA SANZ

GODOY, J.A. LEYDI, S. *Parures triomphales. Le maniérisme dans l'art de l'armure italienne* (Catálogo de exposición. Genève, Musée Rath, 20 mars – 20 juillet 2003). Milán, 2003. 5 Continents Editions srl. 584 págs. ISBN: 88-7439-032-7.

El fin último de una exposición debería ser dar a conocer los avances producidos en un tema concreto al tiempo que se difunde a la sociedad y no sólo al ámbito académico. Esto no siempre en así y sólo en contadas ocasiones una exposición aúna su carácter divulgativo con el hecho de suponer un revulsivo para replantear en profundidad los conocimientos previos sobre el tema tratado. La exposición *Paradas triunfales. El manierismo italiano en el arte de la armadura* ha sido uno de estos raros casos que marcan un antes y un después por su profunda revisión historiográfica y por señalar o sugerir nuevos campos de trabajo. En ella se sintetizan varios años de investigación en colecciones europeas y americanas realizados por su comisario, José A. Godoy, Conservador de Armas y Armaduras Antiguas del Museo de Arte e Historia de Ginebra. Escribir una reseña sobre un trabajo como éste es un ejercicio complejo y en cierto sentido inútil, porque la revisión historiográfica de fondo realizada y su gran aportación documental suponen un material de estudio novedoso de primer orden que recomiendan su atenta lectura y reflexión. Este trabajo pertenece a esa clase de obras que necesitan de una lenta digestión, de horas de estudio y reflexión que permitan al lector llegar a abarcar todos los temas tratados o apuntados, con independencia de las líneas de trabajo que el texto apunta directamente. En definitiva nos hallamos en cierta manera ante un libro que se materializa como un revulsivo frente a ciertos convencionalismos utilizados hasta ahora. Por ello nos limitaremos a sintetizar según nuestro juicio cuáles son algunos de sus valores más sugerentes.

En primer lugar es importante destacar el contexto científico en el que se realiza la exposición. En las últimas décadas los avances en los estudios sobre el arte de la armadura en general y la cuestión italiana en particular, se habían venido produciendo puntualmente al abordar cuestiones específicas. En gran medida seguían siendo deudores de la investigación llevada a cabo en el tercer cuarto del siglo XX, sin que se hubiera producido una revisión en profundidad de algunas cuestiones sostenidas

de manera convencional. Los trabajos de catalogación continuaban sin haber abordado la necesidad de realizar una amplia revisión e investigación documental y sin un amplio catálogo para confrontar las diversas colecciones, empresa que requería de un decidido apoyo institucional inteligentemente asumido por el Museo de Arte e Historia de Ginebra. Desde los trabajos clásicos de Lionello Boccia, Bruno Thomas y Ortwin Gamber sobre las producciones milanesas se había producido cierto estancamiento al abordar problemas de fondo fuera de los suscitados por los problemas de catalogación de objetos o colecciones puntuales. Esta tendencia se rompe por la exposición *Heroic Armor of the Italian Renaissance. Filippo Negroli and his Contemporaries*, organizada por el Metropolitan Museum of Art de Nueva York en 1998 y comisariada por Stuart W. Pyhrr y por el propio José A. Godoy. Esta exposición también contó con la colaboración de Silvio Leydi en lo referente al aparato documental. Con ella se trazaba un puente con la investigación de mediados de siglo. Si la exposición sobre Negroli supuso un hito, las *Paradas Triunfales* suponen otro hito por su avance cronológico que enlaza con los Negroli y sus contemporáneos, planteando la continuación y evolución de los talleres milaneses tanto desde el punto de vista formal como decorativo. Ambas permiten trazar la visión más completa disponible hasta ahora sobre el Renacimiento italiano, por lo que en la actualidad son la referencia obligada a cualquier aproximación sobre el particular.

En *Paradas Triunfales* se ha reunido por primera vez un elenco de obras de primera clase que se antoja casi irreplicable, mostrando la segunda mitad del siglo XVI en todo su esplendor por la concurrencia extraordinaria de las principales colecciones mundiales. Este es sin duda uno de los grandes logros de la exposición, que convierte a este catálogo en un repertorio único imprescindible para la comprensión del arte de la armadura en este periodo dorado. Godoy subraya que en la segunda mitad del siglo XVI la producción milanesa alcanzó unas cotas de perfeccionamiento, virtuosismo e imaginación no igualadas ni antes ni después en la producción de las armas de lujo. Parafraseando a su autor, este trabajo ha abierto una ventana sobre un paisaje bellissimo, pero muy complejo, en parte porque hasta el momento no se había abordado de manera tan profunda y ambiciosa.

El espíritu de este trabajo está dirigido a plantear e ir solucionando el problema de las suntuosas producciones milanesas en relieve, ricamente decoradas mediante la efectista decoración damasquinada en oro y plata sobre fondos pavonados. Éstas centran toda la segunda mitad del siglo XVI hasta la última obra milanesa en relieve conocida, el juego de parada de capacete y rodela para Felipe III de España forjado en la localidad navarra de Eugui. Aunque la exposición y su catálogo se centran en la producción milanesa, el estudio previo supuso un vasto trabajo en el que no se podía ignorar el problema de las producciones consideradas tradicional y convencionalmente como francesas, flamencas, alemanas y sus variantes, con todas las influencias recíprocas que suponen. La complejidad de este tema y las limitaciones expositivas para tratarlo de forma paralela, supusieron la acertada decisión de centrarse en Milán, aunque sin dejar de plantearlo como una línea de trabajo que necesita ser abordada en profundidad a pesar de la complejidad que supone un trabajo tan vasto.

Entre sus líneas directrices destaca el hecho de haber resaltado la importancia de la rivalidad de los talleres en la comisión de obras para la elite militar europea, que se traduce a primera vista en una aparente uniformidad técnica y decorativa, pero este es sólo un espejismo que se desvanece con la exposición y publicación conjunta del rico repertorio de objetos seleccionados. Uno de los logros más destacados ha sido romper con el convencionalismo de esa supuesta uniformidad, sugiriendo la existencia de un gran número de talleres y artistas capaces de alcanzar altas cotas en la ejecución de las armas. El problema radica en qué sólo un reducido grupo de objetos está firmado o ha podido ser asociado documentalmente con alguno de estos talleres. El minucioso estudio de los objetos y de documentos hasta ahora inéditos ha ido arrojando luz sobre el particular, con importantes aportaciones sobre talleres que hasta ahora engloban convencionalmente ciertos tipos de producciones. Al tiempo también se han ido modificando los periodos de actividad de muchos de ellos.

El catálogo se divide en cinco secciones. La primera, a cargo de su comisario, justifica el título de la exposición: *Paradas triunfales. El manierismo en el arte de la armadura italiana*. En ella se centra el tema remontándose a las nuevas tendencias formales y decorativas llevadas a cabo desde los años treinta, revisando las principales obras maestras, sus comitentes y la diversidad de talleres involucrados hasta finales de siglo con todos los problemas que ello supone, comenzando por su identificación.

La segunda sección a cargo de Silvio Leydi se centra en *Los armeros milaneses en la segunda mitad del siglo XVI. Familias, talleres y clientes a la luz de los documentos de archivos*. Continuando con lo ya avanzado por su comisario, el trabajo de investigación documental llevado a cabo es funda-

mental para la delimitación de la actividad de estos talleres. Como Leydi señala se abría un campo prácticamente inexplorado de miles de documentos que ha permitido dar un primer paso a manera de punto de partida pero no de llegada. El estudio de las obras acompañado por esta importante revisión e investigación documental en los archivos de Milán, Turín y Parma es clave para fijar los periodos de actividad de los armeros, sus obras, el funcionamiento de los talleres etc. El encargo a Silvio Leydi, con quien ya había colaborado en el catálogo de Negrolí, arroja una gran luz sobre el complejo mundo de los armeros milaneses, permitiendo la identificación de talleres cuya producción hasta ahora era confusa, como en el relevante caso de Lucio Marliani, llamado Picinino. La investigación archivística no sólo se limita a las cuestiones meramente biográficas, si no que ha permitido profundizar en otros aspectos en gran manera desconocidos, como la formación profesional, las relaciones familiares, el taller como centro de trabajo, la división del trabajo y su producción, el comercio y los agentes que intervienen, desde el propio armero hasta los intermediarios y, por supuesto, los clientes. En este sentido son sumamente ilustrativos los cuadros que reflejan mediante los documentos de archivo en qué fechas los diferentes armeros reciben sus encargos, detallados, y su destino.

La tercera sección se corresponde con el catálogo propiamente dicho que, como es lógico, configura el núcleo de la obra. Este se divide a su vez en un repertorio fotográfico excelente presentado de manera unitaria en un sólo bloque, sin interferencias del texto. Este sistema permite disponer de un magnífico documento de trabajo con independencia de su extraordinaria fuerza visual, en la que destaca su cuidada y elegante presentación que compagina el placer estético de su contemplación con su valor práctico. Este cuerpo de ilustraciones, con objetos inéditos o mal documentados previamente, justifica en gran parte la obra, actuando como auténtico notario de esta extraordinaria reunión de objetos que es difícil que se vuelvan a juntar. Por ello, conscientes de la importancia documental de este catálogo, se ha cuidado especialmente la cantidad, calidad, dimensiones y maquetación de la documentación gráfica para formar un repertorio iconográfico de obligada consulta.

Tras las imágenes se desarrolla toda la labor de catalogación llevada a cabo por José A. Godoy. En ella caben destacar no sólo las aportaciones catalográficas de autor y fecha en obras maestras conocidas. La selección comprende también obras rescatadas de los almacenes de diversos museos que evidencian una vez más el ingente trabajo documental realizado, junto con una última sección dedicada a otras manifestaciones artísticas sobre diversos tipos de objetos, como muebles, globos terráqueos y otros que evidencian con claridad que las armas podían ser consideradas como un soporte más para el despliegue de ricos y complejos repertorios. Todo ello se acompaña con la ilustración de las fuentes iconográficas más destacadas utilizadas en la concepción de estas armas.

Cada uno de estos objetos es abordado mediante una descripción formal y decorativa, seguida de su pertinente comentario sobre estos aspectos y su contexto histórico. La bibliografía que acompaña a cada una de ellas y sus paralelos como material de comparación completan la fortuna crítica de cada objeto.

La cuarta sección comprende un apéndice documental muy sugerente que abarca las noticias biográficas de los armeros milaneses agrupados o no por familias, seguidos de sus respectivos árboles genealógicos y por último un registro documental en lengua original realizado por Silvio Leydi.

El catálogo se cierra con la bibliografía citada que obviamente también se convierte en una referencia obligada para cualquier aproximación al tema.

Por todo ello este catálogo trasciende al mero testimonio físico de la realización de la exposición y se ha convertido desde su aparición en un clásico de obligada lectura.

ALVARO SOLER DEL CAMPO